

de su discurso, sorprende sobre manera en medio de su incomparable naturalidad, circunscribe mejor el texto, y da el último golpe de perfeccion á un exordio el mas adecuado para mostrar el verdadero talento oratorio que tan noblemente se anuncia desde que presenta el rico y fecundo plan que ha sabido concebir. Tales son las cualidades que notamos con gusto en este exordio, el cual debe proponerse, como un perfecto dechado, á cuantos intentan formarse en la oratoria, no solo con las buenas teorías, sino tambien con los ejemplos mas escogidos.

PRIMERA PARTE.

„Todos morimos, decia aquella muger, cuya prudencia alaba la Escritura en el segundo libro de los reyes, y vamos sin cesar al sepulcro, asi como las aguas que se pierden sin vuelta.” He aquí un texto muy significativo que magníficamente amplificado por el Orador, sirve de introduccion á la primera parte de este discurso. Prosigue manifestando que si alguna cosa pudiera elevar á los hombres sobre su debilidad natural, nada habria en el universo mas distinguido que esta princesa. „Por cualquiera parte, dice, que yo siga las huellas de su glorioso origen, no descubro sino reyes; y por donde quiera me deslumbra el esplendor de las mas augustas coronas. Preséntase á mi vista la casa de Francia, la mas grande sin comparacion de todo el universo, y á la cual pueden ceder sin envidia las mas poderosas casas, puesto que todas intentan sacar su gloria de esta fuente. Veo á los reyes de Escocia, los reyes de Inglaterra que por espacio de tantos siglos han reynado sobre una de las naciones mas belicosas del mundo, mas todavia por su va-

„lor que por la autoridad de su cetro. Pero esta princesa nacida sobre el trono poseía un espíritu y un corazon mas alto que su nacimiento: pues lejos de que hubiesen podido agobiarla en su primera juventud los infortunios de su casa; descubrian todos en ella desde entonces una grandeza que no debía nada á la fortuna. Con harto júbilo deciamos todos que el cielo la habia arrancado, como por milagro, de las manos de los enemigos del rey su padre, para darla á la Francia: ¡don precioso inestimable presente, con tal que su posesion hubiera sido mas duradera! Mas por que viene á interrumpirme este recuerdo? ¡Ah! no podemos detener un instante los ojos en la gloria de la princesa, sin que la muerte se mezcle allí inmediatamente para ofuscarlo todo con su sombra. ¡O muerte, aléjate de nuestro pensamiento, y déjanos engañar por un poco de tiempo la violencia de nuestro dolor con la memoria de nuestra alegría! Acordaos pues, Señores, de la admiracion que la princesa de Inglaterra causaba en toda la corte: por que vuestra memoria sabrá pintárosla con todos sus caractéres y su incomparable dulzura, mejor que pudieran hacerlo nunca todas mis palabras. Crecia entre las bendiciones de todos los pueblos; y los años no dejaban de traerle cada uno á su vez el tributo de nuevas gracias.”

De aqui pasa el Orador á exaltar la reputacion eminente que disfrutaba su heroyna entre los personajes de su familia. Anna de España, que nada encontraba de superior á su mérito, deseosa de aglomerar en su casa toda la grandeza del mundo, quizo que Felipe de Francia se casase con Henriqueta. En quanto á las cualidades de su espíritu, baste decir que quien habia tenido la dicha de agradar á MADAMA, se persuadia luego que habia tocado á la perfeccion; y el rey mismo, cuyo gusto estaba sobre los ápices de una suprema delicadeza, la tenia puesta en su estima-

ción sobre toda clase de elogios.

Sin embargo, nada pudo herir su modestia; jamás la deslumbraron sus luces: igualmente á propósito para encontrar que para recibir los consejos de la prudencia, ninguna cosa estimaba tanto como estudiarse así misma en su propio carácter, á fin de conocer sus defectos, que tenía la grandeza bastante de ver sin temor cerca de sí. Ningun estudio tenía para ella los encantos que la historia, la cual se llama no sin motivo, prudente consejera de los príncipes. Aquí es donde los reyes más grandes no tienen rango ya sino por sus virtudes; y donde para siempre degradados por las manos de la muerte, vienen á sufrir sin corte y sin séquito el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos. Descúbrese aquí cuán superficial es el lustre que proviene de la adulación, y cuán insubistentes son los falsos colores, por mucha industria y esmero que se ponga en aplicarlos. Aquí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos de cuya vida se compone la historia: aquí perdía insensiblemente el gusto de las novelas y de sus héroes insípidos, y empeñada en formarse sobre lo verdadero, despreciaba esas frías y peligrosas ficciones. Así pues, bajo un semblante risueño y aquel aire de juventud que parecía no prometer sino juegos, ocultaba un sentido y una seriedad que sorprendía con mucho á cuantos la trataban."

Una cualidad estimabilísima entre los hombres y muy difícil de encarecer debidamente cuando adorna el espíritu de una jóven, la de guardar el secreto, es un rasgo muy capital, para que lo hubiera pasado en silencio el panegirista de Henriqueta de Inglaterra; y esta es una de las causas en concepto suyo que fijaron sobre ella la atención de los reyes para poner en sus manos los más comprometidos negocios de la política. Sin embargo, ¡con que delicadeza exalta Bossuet el viage á la Inglaterra y se abstiene al mismo tiem-

*

po de descubrir el misterio que aquí se contenía! „No penseis, dice, que cual temerario intérprete de los „secretos del Estado, quiera yo discurrir acerca „del viage que hizo á la Inglaterra; ni que imite „á esos políticos especulativos, que arreglan según „sus ideas los consejos de los reyes y componen „sin iustrucción los anales de su siglo. No habla- „ré pues de este viage glorioso, sino para decir „que MADAMA en él fué mas admirada que „nunca. No se hablaba sino con trasporte de la bondad de esta princesa, que á pesar de las divisiones que en las cortes son tan ordinarias, le ganó desde luego todos los espíritus. Era imposible elogiarse bastante su increíble destreza en el manejo de los más delicados negocios, en curar esas desconfianzas encubiertas que por lo regular los mantienen suspensos, y en terminar las diferencias todas de una manera que consiliaba los intereses más opuestos. ¿Mas quien podría pensar sin vertir lágrimas, en las muestras de estimación y ternura que le dió el rey su hermano? Este gran rey, mas capaz de ser movido por el mérito que por la sangre, no se cansaba nunca de admirar las excelentes cualidades de MADAMA."

Detengámonos un tanto con el fin de repasar á la luz de los principios aquellas consideraciones que naturalmente excitan los diferentes trozos que acaban de leerse. Se ha visto ya que en las oraciones fúnebres debe predominar lo sublime. ¿Y puede levantarse hasta él quien tiene presición de discurrir sobre cosas pequeñas? No hay sublimidad en el estilo, cuando falta en los pensamientos, ya busquemos esta cualidad en el orden físico, ya en el orden moral; ni los pensamientos son sublimes cuando los objetos son comunes. El género demostrativo de la elocuencia sagrada deshecha por lo mismo cuanto no es grande; y bajo este respecto debe calificarse de una piadosa temeridad el empeño de ciertos oradores, que nimiamente afectados de las personas privadas, quieren

honrar su pira con la elocuencia fúnebre. Es pues indispensable que el objeto pertenezca en cierto modo á toda la sociedad, que ocupe á la vez el espíritu de todo un pueblo con la grandeza de sus acciones, y que su nombre, si es posible, vuelva constantemente con los ecos de toda la tierra. Se trata de situar á los pies de la religion toda la grandeza de los hombres; ó para confundirla y anonadarla, si no tiene mas objeto que la gloria estéril que el mundo puede conceder, ó para que reciba del Supremo Ser á quien se dirige, aquella estabilidad sin fin, que ha prometido conceder á la gota de agua que se ofrezca en su nombre.

Bossuet emprende hacer un elogio fúnebre; pero cual es el objeto á quien va consagrado? Una tierna rosa que desaparece bien pronto, pero despues de haber brillado sobre todas las bellezas que deposita la pradera. Ocupaba es cierto MADAMA el segundo rango; pero le ocupaba en la primera corte del universo, y despues de haber deshechado mil brillantes diademas. No podian buscarse los vestigios de su origen, sin ver exclusivamente en ellos pasos de reyes; ni hecharse una ojeada sobre la historia de su familia, sin que la vista se ofuscara con el *resplandor de las mas augustas coronas*. Tal vez no basta para realzar la estimacion de la persona, el que esté cobijada completamente por los rayos de luz que despide la *MAGESTAD*; pero Henriqueta de Inglaterra poseia un espíritu que regia con igual cetro la grandeza y el infortunio. Su entendimiento tenia tal imperio sobre los grandes talentos de su siglo, que siendo este el siglo de oro por excelencia en la edad moderna, los mas insignes literatos de la Francia veian el voto de MADAMA como la señal infalible de la perfeccion de sus obras. ¿Que se hecha menos aqui de cuanto exalta con la imaginacion el orgullo de los mas altos personages? Pues nada bastó á deslumbrar sus miradas, nada

pudo herir la modestia de su corazon; gustaba de conocerse á si misma y tenia la elevacion de alma suficiente para ver de cerca todas sus faltas; y para que tan excelentes prendas tuviesen toda la nobleza de que no son susceptibles las virtudes puramente humanas, vino la religion á comunicarles su carácter divino, á tiempo que Bossuet trazó una fiel historia de la sublime nada que resplandecia en toda la familia de la Reyna de Inglaterra. Esto era ya mucho pero no todo lo que formaba la brillante aureola de Henriqueta: era preciso que en las relaciones politicas de las dos mas grandes monarquias desenvolviera un genio que habria dispartado la envidia de los mejores diplomáticos; que conciliara los intereses mas exquisitos de ambas potencias, que marchase á la Inglaterra para volver de allí á sorprender á la Europa reduciéndola á un impotente silencio, ó á una desesperacion terrible.

Inagotables á la verdad son los recursos que una vida tan céebre ministra á la elocuencia del panegirista; pero no es igualmente cierto que para usar ventajosamente de ellos es menester dominarlos por la preponderancia de las fuerzas intelectuales? „Escoged siempre un asunto proporcionado á vuestras fuerzas, sopesad antes la carga que van á conducir vuestros hombros:” he aqui el sabio consejo que daba Horacio á los Pisones. ¿Y no es inmensa la mole que lleva sobre sí quien se encarga de exaltar la gloria para precipitarla despues con el poder de la elocuencia? Es necesario describirla con un pincel eminente para que la pintura levante á una altura superior el ardiente entusiasmo que nos causa la realidad; y he aqui por que nada se conoce tan difícil como la oracion fúnebre de un personage cubierto de gloria. Pero yo no necesito salir de Bossuet para confirmar esta observacion con la autoridad mas insigne y mas respetable que puede concebirse. Oigamos á este inimitable panegirista pin-

tando con toda la soberania de su genio la dificultad que tiene la elocuencia para igualarse á la gloria del heroe. „Al momento en que abro mis „labios para celebrar la gloria inmortal de Luis „de Borbon, príncipe de Condé me siento igualmente confundido por la grandeza del asunto, y „si me es lícito confesarlo, por la inutilidad del „trabajo. ¿Que parte del mundo habitable no ha oido „las victorias del príncipe de Condé, y las maravillas de su vida? Por donde quiera las refieren: „el Frances que las encomia con jactancia no enseña nada al extranjero; y aunque ahora pueda „yo contaros una parte de ellas; prevenido siempre por vuestros pensamientos, tendré aun que „responder al secreto reproche que me haréis de „haber quedado muy abajo de vosotros. Nosotros, „débiles oradores, nada podemos hacer por la gloria de las almas extraordinarias; solamente sus „acciones pueden alabarlos, (*) y *cualquiera otro „elogio desfallece cerca de los grandes nombres.*”

He aquí la causa de que Bossuet no haya tenido modelo, ni tampoco imitaciones aproximadas: sus oraciones fúnebres solo se parecen á simismas, y han quedado aun en una esfera mucho mas alta que nuestra admiracion. Veamos pues, si el Orador ha podido abarcar, exaltar y confundir al mismo tiempo toda la gloria de Henriqueta de Inglaterra.

En cinco páginas de su discurso refiere y pondera todas las bellas acciones que distinguieron á su heroina; y esta narracion tan sucinta es al mismo tiempo la mas completa que habria podido imaginarse. Su increíble rapidez nos hace sentir con la mayor fuerza la rapidez con que se disipa la magnificencia mundana: su pompa sencilla y elegante nos advierte que el historiador estaba muy habituado á las maneras de la corte y á despreciar

(*) *laudent eam in portis opera ejus*, PROV. XXXI. 31.

la ostentacion de los palacios: el movimiento que reyna por toda ella nos hace ver que escuchamos no solo al historiador exacto sino al orador eminente, á tiempo que refiere los acontecimientos mas dignos de memoria por el íntimo enlace que tienen con la sociedad en que vive; y finalmente esa filosofía incomparable, con que juzga soberanamente de todo, nos hace admirar mas que ninguna otra cosa la alma sublime de Bossuet.

Los historiadores componen un cuadro de pormenores prolijos aunque interesantes; pero el orador, es un estatuario que funde grupos colosales para que hagan todo su efecto desde las mayores alturas: aquellos ó no se afectan, ó si acaso, es muy ligeramente, de lo que enarran; este nos habla como si estuviera viendo las cosas, anima las escenas que describe y arrastra sobre ellas la universal admiracion. Tal es el carácter de la narracion de Bossuet: el es el punto céntrico en que vienen á cruzarse todos los rayos de la gloria: pinta y observa al mismo tiempo; derrama por todas partes los sentimientos que lo conmueven; exalta y diviniza el inestimable presente, pero al mismo tiempo deplora el que su duracion haya sido instantanea; se esfuerza por alejar de sí esa sombra lúgubre que todo viene á ofuscarlo, y no pudiendo conseguirlo, apostrofa luego á la muerte con melancólica ternura: Virgilio adorna la narracion de Bossuet, y el *propria hæc si dona fuissent* vuelve á penetrar, despues de tantos siglos, en el corazon de los reyes. ¡Que noble y delicadamente les señala el severo juicio de la posteridad, cuando caracteriza la historia con el título de consejera de los príncipes! ¡Con cuanta dignidad y con que filosófica osadia reprende la frivolidad misteriosa de los políticos, que anhelan de continuo plegar la economia de los gobiernos á sus caprichosas teorías, y cuánto no resalta al mismo tiempo el tacto político de una muger, que supo arreglar por simisma los intereses mas complicados de Ingla-

terra y de Francia! ¿Como hablar dignamente de un Orador que ha sabido elevarse tanto sobre un asunto tan sublime? Pero lo que mas nos sorprende, es verlo abandonado á los trasportes de la gloria, deplorar su pérdida, repetirlo con enagenamiento; y avergonzado despues, de haber tributado sin apercibirse un elogio á la grandeza, nada conforme con el espíritu del cristianismo, vuelve sobre sí con cierto aire de sorpresa para manifestar que todo lo mesurable es indigno de los nobles destinos del alma. „¡O llaga irremediable! Lo que „en este viaje ha sido el objeto de una admiración tan justa, ha venido á ser para este príncipe „la causa de un dolor que no reconoce límites. „Princesa, digno vínculo de los dos mas grandes „reyes del mundo, ¿por que les habeis sido tan „pronto arrebatada? Si estos dos grandes reyes se „conocen, resultado es de los cuidados de MADAMA. Asi sus nobles inclinaciones conciliaron sus „espíritus, y la virtud será entre ellos una mediadora inmortal. Pero si su union no pierde nada „de su firmeza, deploraremos eternamente nosotros „el que haya perdido el mas dulce de todos sus „recreos, y que una princesa tan querida de todo el „universo haya sido precipitada en el sepulcro, cuando la confianza de dos reyes tan grandes la elevaba hasta el colmo de la grandeza y de la gloria.”

„La grandeza y la gloria! ¿Podemos aun „oir estos nombres en este triunfo de la muerte? „No, Señores, yo no puedo soportar estas grandes „palabras con que la arrogancia del hombre trata „de aturdirse á sí mismo para no apercibirse „de su nada. Tiempo es ya de hacer ver, que „cuanto es mortal, por mucho que se le agrade „que á lo exterior á fin de engrandecerlo en la „apariencia, es en su fondo incapaz de elevacion. „Escuchad á este propósito el profundo raciocinio, „no de un filósofo que disputa en la escuela, ni „de un religioso que medita en el claustro: quiero

„confundir al mundo por la boca de aquellos á „quienes mas respeta, de aquellos que mejor le „conocen; y no quiero darle para convencerle sino „Doctores sentados en el trono. *O Dios, dice el „rey profeta, vos habeis hecho mis dias mesurables, „y mi sustancia no es nada en vuestra presencia.*” No sabemos que ponderar aqui, si la brillante perspectiva de felicidad, ofuscada tan pronto con la muerte de Henriqueta, ó el noble y generoso retraimiento del Orador, cuando despues de haber hablado con sumo interes de la grandeza y de la gloria que se preparaba en lo sucesivo para encantar la vida de MADAMA, pronuncia de nuevo estas dos palabras, con un énfasis despreciativo que hace tan profunda la exclamacion. „No puede „dudarse, dice Mr. Thomas, que Bossuet al componer este elogio fúnebre, se hallaba íntimamente „afectado: ¿con tanta elocuencia habla en él de „la miseria y debilidad del hombre!” ¿Que diremos de la preparacion que ha dado á las palabras del rey profeta? Es grave, enérgica y eminentemente delicada. Uno de los escollos en que siempre se estrellan los oradores medianos, es la grandeza y la gloria en el instante en que la elocuencia debe tronar contra ellas. Creen que el evangelio los autoriza para deslizarse hasta el ultrage; y no pocas veces desnudan á la magestad de los altos personajes de aquellos miramientos que ha querido conservarles el que mandó á las naciones que die-ran al César lo que es del César; es decir, del acatamiento respetuoso que se debe á los altos funcionarios. Nadie por ventura ha humillado tanto como Bossuet la fama, la celebridad y cuanto mas vivamente deslumbra las miradas del universo; pero nadie ha llevado á mayor altura la delicadeza con que debe hablarse en las córtes y dar preceptos severos á los monarcas. Al cabo de una serie gradual de pensamientos con que destruye todos los prestigios del cetro y la corona, ennoblece estas mismas dignidades, invocando en su auxi-

lio la autoridad suprema de los Reyes. ¡Tanto así resplandece la elocuente urbanidad de este admirable pontifice, cuando para convencer al mundo le presenta *Doctores sentados en el trono!*

Este pasaje nos recuerda otro no menos delicado que se encuentra en la oracion fúnebre de la reyna de la Gran Bretaña. „El corazon de una „gran reyna, elevado en otro tiempo por una lar- „ga serie de prosperidades y luego sumergido en „un abismo de amarguras, hablará muy alto; y si „no es permitido á los particulares dar lecciones á „los príncipes, acerca de acontecimientos tan extra- „ños, un rey me presta sus palabras para decir- „les: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui ju- „dicatis terram: escuchad, grandes de la tierra; „instruidos, árbitros del mundo.*”

Discurre el Orador particularmente por algunas de las situaciones más brillantes en que la fortuna ó el mérito suele colocar á los hombres. El vencedor que ve tendidos á sus pies á todos los vencidos, y que acaso se jacta de una gloria muy efectiva, caerá también á su turno en las manos de la muerte; y una voz terrible, la voz de aquellos que le precedieron en el sepulcro, al golpe de su espada, le llamará terriblemente á que se confunda con su polvo. (*) Vano será el empeño de substraerse de la nada, mediante las cualidades del espíritu, los grandes designios, los vastos pensamientos: „morirán, dice el rey profeta, „y en este día perecerán todos sus pensamientos.” Una amplificación muy breve de este concepto prepara el lugar en que Salomon dice haberse aplicado á la sabiduría, para desengañarse muy pronto de que ella era también una vanidad. A esto viene á suceder un cuadro muy perfecto, en que se admira la religion en toda su magestad, se recuerda con estrépito la muerte de MADAMA;

(*) *Et tu vulneratus es, sicut et nos, nostri similis effectus es.* Is. XIV, 10.

y se pinta la consternacion de la corte, el sobresalto del pueblo y el abatimiento del rey, la reyna y Monseñor. Pasaje es este de tanto movimiento y de tanta sabiduría, que no puede omitirse cuando se trata de examinar aunque rápidamente una obra tan insigne.

„Considerad, Señores, esas grandes potencias que nosotros miramos desde tan bajo. Mientras que temblamos bajo sus manos, Dios las hierre para instruirnos. Su elevacion es la causa del golpe; y las perdona tan poco, que no teme sacrificarlas al resto de los hombres. Cristianos, si MADAMA ha sido escogida para darnos una leccion como esta, no murmureis: nada hay aquí de áspero para ella, pues como lo vais á ver, Dios la salva por el mismo golpe que nos instruye. Deberíamos estar muy convencidos de nuestra nada; pero si han menester golpes de sorpresa nuestros corazones encantados con el amor del mundo, este es bastante grande, bastante temendo. ¡Oh noche desastrada! ¡Oh noche horrible, en que repentinamente retendió como el estallido del trueno esta espantosa nueva: ¡MADAMA se muere, MADAMA está muerta! ¡Quien de nosotros no se sintió herido á este golpe, como si algun trágico accidente hubiera desolado á su familia? Al rumor primero de un mal tan extraño, acudian á San Cloud de todas partes: todo estaba consternado, menos el corazon de esta princesa. Oíanse gritos por todas partes; veíase por donde quiera el dolor y la desesperacion y la imágen de la muerte. El rey, la reyna, Monseñor, toda la corte, todo el pueblo, todo está abatido, todo está desesperado; y me parece que veo el cumplimiento de estas palabras del Profeta: *El rey llorará, el príncipe será desolado, caeránse las manos al pueblo de dolor y de espanto.*”

Si hemos de buscar en esta oracion fúnebre un pasaje que justifique plenamente el osado pensamiento donde Bossuet dice, que jamás han si-

do las vanidades de la tierra, ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas, será este sobre todos, en que se pinta en dos palabras la enfermedad y la muerte de Henriqueta. *MADAMA se muere*: he aquí presentado el peligro con suprema energía: *MADAMA ha muerto*: he aquí la catástrofe. Pero la increíble rapidez, con que se impelen y precipitan estas exclamaciones funestas, pinta de un modo tan sublime como nuevo lo sorprendente y repentino de esta muerte tan dolorosa para la Francia. Quien podrá asignar los intervalos de tiempo que separaron la enfermedad la agonía y el último suspiro? ¡*MADAMA se muere!* ¡*MADAMA ha muerto!* „A estas palabras „dice un escritor, Bossuet se vió obligado á detenerse; el auditorio prorrumpió en sollozos, y la „voz del Orador fué interrumpida por sus suspiros „y por sus lágrimas.”

¿Y que diremos de los últimos rasgos que se distinguen en el pasage? Estos movimientos simultáneos, ese aturdimiento universal, en que las condiciones parecen confundirse por alguna calamidad pública, son de un efecto maravilloso en la elocuencia; pero la sublimidad nos enagena cuando el Orador comprendiéndolo todo en un pasage de la Escritura, parece dar á sus pensamientos un carácter profético, para hacernos sentir mas vivamente la mano de Dios en las grandes pesadumbres de los reyes. *Rex lugebit, et princeps induetur merore, et manus populi terre conturbabuntur.*

Desembarazado el Orador de este primer movimiento describe otra escena igualmente viva: Monseñor, el rey mismo estrechando entre sus brazos á *MADAMA*, y ella escapándose de entre estas reales manos. Admirase de que tan pronto haya desaparecido, cuando en la mayor parte de los hombres las mudanzas van verificándose poco á poco, y la muerte los prepara de ordinario para su último golpe. Pero ¡ay! *MADAMA* ha pasado de la mañana á la tarde, como la yerba de los campos.

En la mañana florecia, y vosotros sabeis con cuanta gracia: en la tarde la vimos ya marchita; y estas fuertes expresiones con que la santa escritura exagera la inconstancia de las cosas humanas, ¡debían ser para esta princesa tan precisas y tan literales! „Si se reflexiona en esta princesa jóven arrebatada á las bendiciones del Pueblo y á las esperanzas del reyno, si se considera que aun el „Orador cristiano se ve reducido á enternecerse „por que estas gracias tan dulces y esta hermosura sean arrebatadas por la muerte; si se atiende á que este Orador es un Obispo, y este Obispo es Bossuet, será preciso convenir en que el „austero Prelado debió estar profundamente conmovido para hacer oír hasta en el santuario lamentos otorgados á estos frágiles favores de la „naturaleza.” (*)

Un pasage lleno de moralidad sucede á estos lamentos. Es la historia fielmente referida de los placeres de un bello porvenir. El Orador mira en lo presente cuantos elementos pudiera apetecer, para pronosticar á *MADAMA* dias llenos de gloria para simisma y de interes para la Francia; y con esta reseña, excita mas vivamente el dolor de una pérdida tan repentina. Grande es á la verdad el sentimiento que nos causa un accidente de esta naturaleza; pero el corazon, tan ávido del dolor como del placer, parece que gusta de ensanchar indefinidamente el primero; y su ansiosa solicitud de franquear curso libre á sus lágrimas repasa con una especie de enagenamiento todas las esperanzas que ha visto desaparecer. Entonces es cuando se abandona con mayor ímpetu á los movimientos de su pesar, y nunca siente con mas viveza cuan débiles é inciertos á la vez son los cálculos del hombre. „En lugar de una hermosa vida estamos reducidos á formar la historia de una „admirable pero triste muerte. A la verdad, seño-

(*) El P. Gibon, *Thése sur l'Eloquence.*